

Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 2 DE DICIEMBRE DE 1912

NÚM. 1.614

BARCELONA.—SALÓN PARÉS

En la exposición con que abrió sus puertas este año el Salón Parés, llamaron poderosamente la atención, lo mismo del público que de la crítica, varios cuadros del artista madrileño Roberto Domingo.

La admiración que tales lienzos despertaron era más que justificada, porque en ellos se veía a un pintor de fibra, a un artista en toda la extensión de la palabra, que concibe con maravilloso conocimiento de la realidad y ejecuta con absoluto dominio de la técnica.

Aunque abocetados, o poco menos, los lienzos de Domingo acusan por modo admirable las formas de las personas y de las cosas, y nos presentan de las figuras no sólo la verdad externa, sino, además, el movimiento y la expresión que les dan vida. Estas cualidades pueden verse en las reproducciones de las dos obras que en este número publicamos.

Pero lo que en ellas no puede apreciarse es la firmeza y espontaneidad del color, el vigor y la seguridad de la pincelada, la brillantez de los tonos, que constituyen otro de los grandes encantos de los cuadros de este pintor y que le colocan en primera fila entre nuestros más celebrados coloristas.

Roberto Domingo es hijo y discípulo del ilustre pintor Francisco Domingo y no es aventurado afirmar que será continuador del renombre justamente conquistado por su padre y maestro.

En las exposiciones nacionales celebradas en Madrid en 1908 y 1910 obtuvo una tercera y una segunda medalla respectivamente, y una segunda medalla en la internacional de Buenos Aires de 1910.



ANTES DE LA CORRIDA, cuadro de Roberto Domingo

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Cantores ambulantes*, cuento de Feliciano Nacla. — *La guerra en los Balcanes*. — *Melilla. La acción española en el Rif*. — *Una fiesta de paz*. — *Ricardo Moretti*. — *Un nuevo hidro-aeroplano*. — *Barcelona. El Casino Hispano-Americano*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. III Congreso de Música Sagrada*. — *Un hecho memorable realizado por la marina italiana durante la guerra italo turca*. — *Libros*.

Grabados.—*Antes de la corrida; El triunfo del espada*, cuadros de Roberto Domingo. — *Dibujo de Carlos Vázquez*, ilustración al cuento *Cantores ambulantes*. — *Busto de Gustavo Mahler*, obra de Augusto Rodín. — *La guerra en los Balcanes* (ocho fotografías). — *Melilla. La acción española. Una fiesta de paz* (cuatro fotografías). — *Discusión empuñada*, cuadro de H. J. Franke. — *Ricardo Moretti, inventor de la telefonía inalámbrica*. — *Nuevo hidro aeroplano construido por G. Voisin*. — *Barcelona. Inauguración del Casino Hispano-Americano*. — *Barcelona. III Congreso de Música Sacra* (dos fotografías). — *Plancha de oro*, obra de Vicente Miranda.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No es posible hablar de otra cosa: si a cada cual le preocupan propias penas, hay algo que para todos tiene que ser motivo de cavilaciones, si no lo fuese de sentimiento: el atentado que con tan fulgurante rapidez ha puesto fin a la vida del presidente del Consejo de Ministros, que parecía llamada a prolongarse muchos brillantes años, pues había juventud en su edad madura, y robustez en su constitución, apenas gastada por la lucha y los afanes.

Yo uno mi voz a las que, en este caso especial como en otros que con él guardan analogía, han protestado de la insuficiencia de los servicios policíacos. Cánovas del Castillo, por ejemplo, no debió caer bajo la bala de Angiolillo, si la policía destinada a defenderle cumpliera su misión. Llega un hombre desconocido a un balneario donde se encuentra un personaje político de tal altura, tan amenazado de muerte por determinados elementos, contra el cual ya se había cometido un atentado, y a quien era sabido que se trataba de suprimir. Ese hombre, extranjero, italiano y, según después se supo, filiado como peligroso anarquista de acción, se instala, sin otro equipaje que una maleta pequeña y raída; no consulta al médico del establecimiento, no toma las aguas. No es, pues, un bañista; no es tampoco un ocioso de buena sociedad, que se propone entretener una semana en unas termas de moda. Es un sujeto por todos lados sospechoso, y que, en la mesa redonda, no aparta la vista un minuto del presidente, como si quisiera beber su rostro, empaparse de aquella forma humana que va a destruir y aniquilar. Cuando Cánovas sale a paseo, el misterioso le sigue, va con él hasta el fin de la caminata, porque ha decidido matarle cuando llegue a la ermita objeto de la excursión; y no lo hace aquel día, porque el presidente está besando a unos lindos niños rubios, y el romántico del crimen se detiene ante la inocencia.... Tranquilo, espera el momento favorable, en que encuentra a su víctima sola, entregada a esa distracción del intelectual ante la página impresa, que hace olvidarse de todo; a la misma distracción de Canalejas, frente al escaparate de la librería. Y entonces, sobre seguro, consuma el sacrificio. ¿Qué ha hecho entretanto la ronda de vigilantes que no tiene en aquel reducido círculo más deber que el de velar por la preciosa vida? Probablemente, jugar al tute o al rentoy.

La terrible lección ni siquiera ha servido para determinar experiencia. La bomba de la calle Mayor, ¿quién la ha olvidado? Se anunció con anticipación. Parece que hasta en la corteza de los árboles estaba escrita. No he de rehacer esa página terrible: cuando se estudien con calma y a la reveladora luz de los documentos los sucesos que pertenecen a edades pasadas, se notará hasta qué punto era fácil rastrear las intenciones y propósitos de un sectario que se entregaba a exterioridades, como si quisiera verse en la imposibilidad de ejecutar la misión que se le había impuesto. Fué necesario que la policía, bonachona, cerrase los ojos, para que Morral lanzase su bomba desde el balcón trágico; y fué necesario que el anarquista no tuviese condición alguna de conspirador, no hubiese tampoco previsto nada, para que le descubriesen días después.

Por lo visto, la policía sabíase de memoria al asesino de Canalejas, sus antecedentes, los propósitos que le animaban, las etapas de sus inequívocos viajes, y hasta, según noticias, se le había seguido, perdiéndole luego de vista, ni más ni menos que en las novelas de *detectives*.... todo lo cual no fué óbice para que se pasease por Madrid, libremente, en acecho Dios sabe de qué, eligiendo sosegadamente su víctima, a este quiero, a este no quiero, como el cazador en la selva... No es seguro lo que hubiese intentado

a no venir la ocasión favorable, el presidente, parado ante un escaparate, presentando el blanco de su nuca... Licencien su vigilancia los hombres políticos, y encomiéndense a los santos. Quizás éstos vigilen mejor, desde sus altas sillas en el cielo.

Es innegable que si un hombre se decide a sacrificar su vida, sin reparo alguno, sin precauciones, es dueño de la ajena. No hay modo de evitar ese momento supremo; lo súbito de la acción impide la defensa; el asesino asegura a su víctima, entregándose. Cuando cabe prevenir, es antes, y aquí nadie previene nada. Ello es que D. José Canalejas, alta figura de la política, prestigio inmenso de la oratoria, ha caído, en la fuerza de la edad y en la cumbre de su carrera, y una vez más la sociedad siente el golpe en las entrañas, porque, allende la personalidad del presidente, algo ha sido herido, que a todos nos importa.

Sin duda lo que se ha repetido estos días encierra una profunda verdad: nunca se decapita a las sociedades: como a la antigua hidra, les renace la cabeza. La muerte trágica de la persona más notoria, importante e ilustre, no detiene ni un segundo la marcha de la sociedad, que se restaña la sangre en vivo movimiento, y se levanta y echa a andar, con paso seguro. Sólo lo colectivo vence a lo colectivo; el atentado de un individuo contra otro es un episodio dramático, que no tuerce el curso de los sucesos, a lo menos en el sentido que se propuso el matador. El partido liberal, desorganizado como todos sabemos, y que tanto convendría al interés de la patria que se reorganizase con unidad y cohesión, no llevaba trazas de conseguirlo, a pesar del talento, de la elocuencia, de cuantas dotes Canalejas poseyó y le reconocieron hasta sus mayores adversarios. Si ahora consigue reorganizarlo el conde de Romanones, con su gran inteligencia, la situación será mejor que antes. Los atentados, por fortuna, son estériles. Es el estado general social lo que transforma la vida de los pueblos. Refiriéndonos al caso especial de la muerte que deploramos y a los demás casos parecidos, hasta cabe decir que contribuyen a afianzar la solidaridad social, por los sentimientos de reprobación y de horror que suscitan.

Canalejas era un orador sublime. En esto no hay discusión, aun cuando su fama ascendiese adonde ascendió la de Castelar. Como Castelar tenía Canalejas la figura apaisada, el busto rechoncho, el brazo no largo, poco a propósito para el gesto amplio de la tribuna. Faltábales a ambos la elegancia y majestuosa presencia de Moret, la belleza de Romero Robledo—antes de su enfermedad horrible—, la poderosa fealdad saturada de entumecimiento y la soberana voz de Cánovas. Con todo eso, Castelar llegó a la cima de la palabra, y Canalejas igual. La época de Canalejas, sin embargo, fué menos propicia al arte, a la fascinación del verbo. Acaso la suma elocuencia necesita magníficos asuntos que desarrollar, corrientes universales, ideales ardientes, principios elevados. Para decirlo de una vez, los tiempos de Castelar no fueron los mequinos actuales.

No alcancé el esplendor de Castelar; le oí en sus postrimerías. Todo el cariño, todo el respeto que profesé al grande hombre no me harán subscribir a su estilo oratorio, que jamás fué de mi agrado. Dentro de ese estilo, hizo maravillas. El auditorio estaba como diz que las fieras al resonar la lira de Orfeo. No se obtienen estos resultados sino poseyendo enormes facultades artísticas.

Canalejas las tuvo. Es imposible hablar con mayor perfección, de un modo más noble, más persuasivo, más puro, más literario. Habíame dicho Canalejas, en una conversación larga y tendida, que su vocación verdadera no era la política, ni siquiera la tribuna, sino las letras. El antiguo catedrático de literatura resucitaba, atraído por el encanto de esa sirena que tanto sabe ilusionar, con el señuelo de la gloria. Soñaba Canalejas con unos últimos años consagrados a escribir libros, crítica, o acaso novela y comedias en el pacífico retraimiento del hogar, en una biblioteca ordenada, donde se alínean los volúmenes familiares a la mano, las lecturas predilectas. Yo no podía menos de pensar que no había nacido para eso aquel hombre cuyos discursos eran otras tantas joyas de dicción y de construcción; no todos sirven para todo. Un espeñismo, sin duda, presentaba a su espíritu, fatigado por momentos del combate, aunque le sobrase energía para reñirlo, ocupación más reposada, más exenta de las espinas que rodean la por otra parte grata senda del poder. Quién sabe si un presentimiento mal definido le decía bajo y en truncadas cláusulas, que el camino del triunfo sería el de la muerte, traidora, pronta, brutal, con la bala que deshace el cerebro, palacio de la razón y arca de la sabiduría, y que detiene el pensar como una mano detiene la marcha de un reloj. La política es un juego estético, digno ciertamente de que por

él se arriesgue el vivir; pero, a veces, los políticos también anhelan la obscuridad, el silencio, la soledad del gabinete de estudio—la paz, en suma.

El gran orador no ha conseguido la fama que merecía: el político no tuvo tiempo de plantear su política propia, la silueta aparecerá un tanto confusa en sus lineamientos, pues hubo quien le creyó republicano dentro de la monarquía, mientras otros le tuvieron por monárquico dentro de la república y la democracia. El día de su muerte, estas vacilaciones e incertezas de la opinión influyeron para que mucha gente no lamentase la desgracia todo lo que, a mi entender, convenía. «No le consideraba salvador de la patria, como a Radamés», me escribe un español asaz indiferente a la política. Pero, ¿hay alguien que en nuestros tiempos, pueda salvar a la patria del todo? Cada cual la salva quizás un poco, a cada momento; los que practican el deber, los que trabajan por el arte y la belleza, los que mantienen el orden, los que vierten su sangre, los que hacen algo útil y bueno, los que enseñan y los que aprenden... El mal está en que tales salvadores no abundan, y en que, así como hay salvadores, haya dañadores de la patria en incontable número. Sin duda, personas como Canalejas están más en alto, mejor situadas para ese salvamento constante, para esa defensa indispensable ahora, como nunca; pero el esfuerzo del jefe de partido más leal y sagaz no es bastante si no le ayudan los salvadores ignorados y anónimos, la masa que constituye el fondo de la vitalidad social, como el conjunto de las partículas de arena y yeso forma la trabazón y solidez del edificio. Una policía bien montada, previsora, capaz de comprender lo que se prepara y lo que significan las idas y venidas de un individuo peligroso, hubiese prestado, en estos instantes, a la sociedad, el servicio de librar a Canalejas de la homicida bala...

El Estado quiere absorberlo todo, y la nación encuentra cómodo dejarse absorber. Así como se toleran plácidamente los abusos, se miran con indiferencia los peligros. La burguesía es cómplice, por pachorra, de las violencias del terrorismo; se diría que nadie comprende la gravedad de los hechos. El individuo, más resuelto que la colectividad, realiza el crimen, y la multitud, burguesa y todo, no se entera de que, sea Canalejas o sea otro el que caiga, es la sociedad la que ha sido herida, una vez más, en el costado.

Ante la tumba recién cerrada, en horas tristes que se prestan a evocaciones de sombras del ayer, vuelven a mi memoria párrafos de discursos, detalles de relación con el muerto ilustre... Veo el pasillo del Congreso, a Canalejas que pasa rodeado de un grupo, el grupo solícito de los partidarios, de los que esperan y pretenden, y oigo su voz afable, y recibo su saludo de galante respeto, contestado en el tono amistoso y franco que nace de la simpatía. — «Un ruego... — Ordenes... — No encuentro quién quiera hablar en la velada de Espronceda, en el Ateneo... — Cuente usted conmigo. ¿Por qué no se acuerda usted de mí, cuando surge alguna dificultad?» — Le estrecho con reconocimiento la mano. Llevo, cuando hago la demanda al político agobiado de quehacer, dos semanas de invitar infructuosamente a literatos, que se niegan con diferentes pretextos. He llegado a creer que no se verificaría la velada, por falta de alguien que disertase en ella. Y encuentro en Canalejas la complacencia, la facilidad. Su antigua afición literaria ha remanecido; Espronceda es una de las devociones de su juventud. La velada se ha salvado. Canalejas la llena con su discurso sentido, brillante, improvisado interesantísimo.

Otro recuerdo acude. Es el día en que, hallándose de cuerpo presente su padre, Canalejas tiene, imprescindiblemente, que hablar en el Congreso. Inmensa expectación produce la curiosidad de saber cómo arrostrará la especial situación de una arenga política, con la garra del dolor clavada en el corazón. El efecto es la sobreexcitación de facultades ya prodigiosas. ¡Una dignidad imponente; una vibración de la palabra, intensa, aunque sorda y como ahogada por el llanto siempre próximo a desbordarse; una perfección suprema del gesto, de la actitud, de la manera de llevar la cabeza; y aquel río caudaloso de frase matizada del modo más exquisito, sin una vacilación, sin un instante de fatiga, sin que un vocablo ni un giro faltasen en el momento en que debían acudir, articulados con claridad cristalina, con fuerza y calor que los transformaba y los llevaba al alma directamente! La admiración que verbalmente le manifesté aquel día, la exteriorizo ahora, en la hora de la desaparición del amigo. ¡Consuelo para los suyos, para él un lugar en la historia, al lado de las mayores glorias de la tribuna, entre las sombras de Argüelles, Ríos Rosas, Rivero y Castelar!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

CANTORES AMBULANTES, CUENTO DE FELICIANO NACLA (I), dibujo de Carlos Vázquez



Su compañera era también morena, pero su mirada tenía reflejos más dulces

El sendero que acababan de tomar conducía al fresco arroyo de las Ginestas, que distaba 500 metros de la aldea.

Eran las cinco apenas, hacía un calor asfixiante y en el cielo avanzaban lentamente nubes de tempestad, rojas orladas de blanco. Era tan grande el silencio, que se oía el murmullo del agua al tropezar con los guijarros.

Leonardo iba delante; un rayo de sol que se deslizaba entre dos nubarrones iluminaba un rostro que había sido bello. Diez años de miseria habíanlo marchitado, pero sus facciones duras y sus ojos negros y brillantes daban a aquel francés el aspecto de un montenegrino.

Su compañera, la *Lina*, como la habían llamado en Montmartre, era también morena, pero su mirada tenía reflejos más dulces. Nacida en Sistov, personificaba maravillosamente el carácter y todas las energías de la raza búlgara; adivinábase en ella una naturaleza valerosa que no ha luchado todavía, pero que aguarda su hora de luchar.

—No corras tanto, Leonardo; la niña pesa mucho y no puedo seguirte.

La mujer se detuvo, puso delicadamente a la criatura, por miedo de despertarla, sobre una alfombra de helechos secos y se pasó la mano por la frente, bañada en sudor.

Pero sus brazos vacíos pesaban demasiado a sus hombros, así es que se sentó al borde del camino y cogió nuevamente a su hija.

El hombre, en el entretanto, seguía su marcha canturreando.

Bruscamente se volvió; su semblante había tomado una expresión de dureza y en su frente se reflejaba una repentina cólera.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

A grandes zancadas, volvió al sitio en donde estaba la *Lina*.

Durante un momento, contempló el grupo encantador que se ofrecía ante sus ojos.

Puso luego su mano ruda sobre la cabeza de la niña.

Y como si aquel gesto de caricia le hubiese exasperado, exclamó, descontento de sí mismo:

—¡De qué nos sirve enternecernos! Lo que está decidido, decidido está.

Y con acento de amargura añadió:

—Unos cantores ambulantes como nosotros no debieran tener hijos.

Lina levantó la cabeza.

—Hay gentes más desgraciadas que nosotros que los tienen y no los dan a una nodriza, replicó con acento feroz.

—Pero éstos no se ven obligados a correr de pueblo en pueblo para ganarse el pan. Mira, añadió irritado, esta mañana todavía tenía esperanzas de que podríamos conservar a la pequeña y si el tío Talhás no hubiese sido tan duro de pelar, habría yo firmado una buena contrata que te habría permitido criar tú misma a la pequeñuela.

Lina se esforzaba por sonreír.

Palabras cariñosísimas acudían a sus temblorosos labios, que se posaban amorosamente sobre la frente de aquella niña de quien tenía que separarse, a quien iba a confiar a una extraña y a quien no volvería a ver hasta después de pasados seis meses.

Al ruido de sus besos la criatura se había despertado.

No lloraba, ni sonreía; miraba a su madre tristemente. Hubiérase dicho que comprendía lo que pasaba.

—¡Desgraciados de nosotros!, exclamó la pobre mujer.

Había en aquella exclamación de angustia tal aflicción, que Leonardo, movido por una doble piedad, inclinó la cabeza.

Lina le contempló con ansiedad.

Una idea acudía a su mente. Pensaba que la resolución del padre flaqueaba a causa de la mucha energía consumida durante tantos días para decidirla a hacer aquel duro sacrificio.

Y con el alma fortalecida por aquella nueva esperanza, encontró palabras para defender su tesoro y las dijo trémula de emoción. Pero él no la escuchaba.

Calló ella algunos segundos y después de aquella corta pausa prosiguió:

—Si yo te dijera que no quería seguirte..., si no consintiese en separarme de mi hija, ¿qué es lo que harías, Leonardo?

El hombre retrocedió como si entre él y su esposa se hubiese alzado una serpiente, y de sus labios salieron frases amenazadoras en las que vibraba, además de la cólera, todo el rencor de un corazón gastado que sentía el total agotamiento de sus fuerzas.

—¿Quieres saber lo que haría?, exclamó extendiendo el brazo con trágico ademán. Pues bien; lo que en tal caso haría, lo hago ya: me marcho solo.

Lina se levantó lanzando un suspiro, uno solo que se confundió con el fragor del trueno.

Comenzaban a caer gruesas gotas; *Lina* no las sentía. Surcaban el firmamento vivos relámpagos; *Lina* no los veía.

Estaba anonadada.

Él se alejaba caminando bajo la copiosa lluvia que no cesaba.

Andaba de prisa por el sendero que corría costando el bosque.

De cuando en cuando se detenía y se ponía a escuchar.

Pero no escuchaba el murmullo de las hojas azotadas por la tormenta ni los fragores del trueno.

En medio del aislamiento en que ya se sentía

NOTAS DE LA GUERRA EN LOS BALKANES

(Véase la lámina de la página siguiente.)

Los ejércitos aliados han dado en la presente guerra pruebas de estar perfectamente organizados.

Los servicios, así de sanidad como de aprovisionamiento de las tropas, nada dejan que desear y si en los hospitales, como el de Mustafá Bajá, no falta nada para cuidar debidamente a los heridos, tampoco carecen de nada las tropas en campaña, gracias a las previsiones de la administración militar; y así se ve que detrás de los ejércitos marchan numerosos rebaños destinados a la manutención del soldado.

El teniente de navío griego Votzis es el comandante del torpedero II, que en la noche del 31 de octubre último echó a pique en el puerto de Salónica al crucero turco *Feth I. Bulend*.

Salió el torpedero de Scala Elefitorochori a las nueve de la noche y burlando la vigilancia de los fuertes que proyectaban sus luces sobre el estrecho, dirigióse a todo vapor al puerto de Salónica. Una vez allí, maniobró lentamente y poniendo la proa frente al centro del crucero, lanzóle un torpedo desde babor. Después viró a todo vapor, para evitarse los efectos de la explosión, y disparó otro torpedo, que estalló al tocar el buque turco; al poco rato oyóse una explosión formidable y el crucero se hundió.

El torpedero griego, después de realizar esta atrevida hazaña, que ha valido calurosas felicitaciones al teniente Votzis, escapó a toda máquina, burlando también la vigilancia de los fuertes de

Karaburnú, que habían encendido sus proyectores.

Esta es la primera vez que las mujeres turcas, saliendo de su indolencia en presencia de la grave situación nacional, hacen obra realmente útil trabajando por la Media Luna Roja y en provecho de los heridos. Es también la primera vez que han podido ser fotografiadas por europeos, circunstancia que presta singular interés a la fotografía que reproducimos en la página siguiente.

Desde que comenzó el sitio de Eskutari por los montenegrinos, el anciano rey Nicolás hállase allí entre sus soldados, y no para enardecerlos con su presencia, antes al contrario para refrenar sus ardores bélicos. En efecto, las tropas han manifestado en distintas ocasiones vivos deseos de dar el asalto a la plaza; pero el bondadoso monarca, queriendo evitar inútiles efusiones de sangre, lo ha impedido siempre y ha preferido prolongar el asedio a sacrificar centenares o millares de vidas.

Una de las cuestiones de la actual guerra que puede dar lugar a graves conflictos es la cuestión de Albania. Sabido es que los serbios aspiran a hacer suyo este territorio, pero a esto se opone Austria y se oponen también los nacionalistas albaneses, que quieren la independencia de su país.

Uno de los caudillos albaneses más influyentes, Ismail-Kemal-Bey, ha estado recientemente en Viena y después de haber conferenciado extensamente con el ministro de Negocios Extranjeros austriaco, ha marchado a Durazzo, desembarcando allí el 22 y proclamando la independencia de Albania.

Los serbios, a su vez, marchan sobre dicha plaza y si, como es muy probable, se apoderan de ella, no respetarán seguramente lo hecho por Ismail-Kemal y se producirá entonces un verdadero conflicto, cuya mayor o menor gravedad dependerá de la actitud que adopte Austria.—T.



Busto de Gustavo Mahler,

obra del ilustre escultor francés Augusto Rodín, que figura en la Galería Real e Imperial de Viena

perdido, experimentaba un remordimiento.

Su mujer, en el entretanto, combatida por su doble amor, no quitaba de él los ojos; permanecía indecisa, sin fuerzas ni siquiera para articular una sípula.

Entonces, viendo que él no se volvía, levantó bruscamente en alto a la niña en sus brazos.

La pequeñuela, asombrada, lanzó un grito estridente.

Leonardo, al oírlo, se detuvo; pero un poder dominante, el poder de su voluntad, le impide aún mostrarse débil.

¿Qué hará *Lina* para forzar aquella decisión que sólo desea capitular?

¡Al fin ha encontrado un medio!

Sin preocuparse de los elementos que, en aquel instante, están desencadenados, echa a correr apretando contra su pecho su preciosa carga. ¡Su alma se abría a la confianza!

—¡Leonardo! Toma a la niña, que tiene miedo, gritó.

Leonardo, sin decir una palabra, con la mayor naturalidad, tendió los brazos.

Como una perdiz acurrucada en un surco, su hija, apaciguada de pronto, se le abraza fuertemente.

Al contacto de aquella frágil criatura, germinaba en el corazón del padre un nuevo sentimiento: el de la fuerza prestando su amparo y su protección a la debilidad.

El gesto instintivo de la hija había reunido en el amor a aquellos desheredados de la vida.

¡Ya no se separarían!

Los grandes ojos de la pequeñuela parecían decir a sus padres:

«—¡No me dejéis! Que no os estorbaré!»

LA GUERRA EN LOS BALKANES

(Fotografías de L. N. A. Staff Photographer y Carlos Trampus.)



Enfermeras búlgaras en el cuartel general búlgaro de Mustafá-Bajá esperando la llegada de heridos



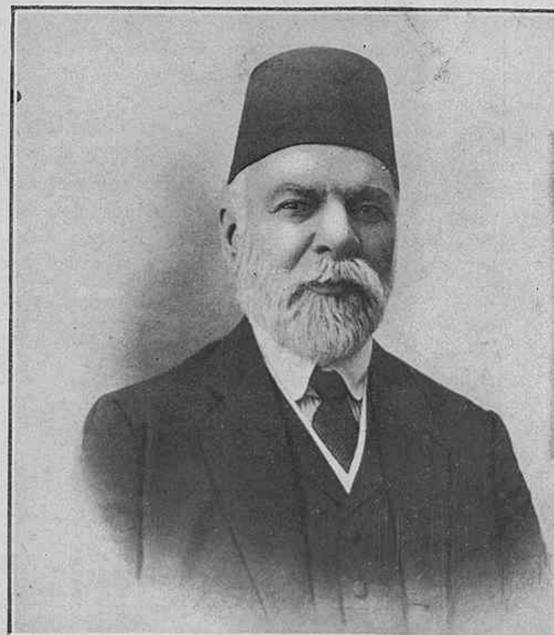
Rebaño conducido por soldados búlgaros para el aprovisionamiento del ejército



El teniente de navio griego N. Votzis, comandante del torpedero II que en la rada de Salónica echó a pique al crucero turco «Feth-I-Bulend» Damas de la Media Luna Roja de Constantinopla confeccionando vendajes para los heridos de la guerra



El rey Nicolás de Montenegro y el agregado militar austriaco en las inmediaciones de Eskutari durante el sitio de esta plaza El famoso caudillo albanés Ismail Kemal Bey, que después de haber conferenciado en Viena con el ministro de Negocios Extranjeros, salió para Durazzo a fin de proclamar allí la independencia de Albania



LA GUERRA EN LOS BALKANES. (Fotografías de Branger y Trampus.)

En el momento de escribir esta crónica, la situación se presenta en extremo confusa. Poco se sabe acerca de las negociaciones entre turcos y búlgaros y las más contradictorias impresiones reinan en lo que pudiéramos llamar aspecto internacional de la actual lucha. En ambas cosas nos ocuparemos después de haber dado cuenta de las operaciones militares últimamente realizadas y de los sucesos que más directamente con ellas se relacionan.

Los ejércitos búlgaros de las líneas de Tchatalcha, a raíz del armisticio solicitado por Turquía, efectuaron un pequeño retroceso de unos siete kilómetros; pero desde entonces han continuado reforzando sus posiciones en aquellos lugares, habiendo recibido considerables refuerzos de contingentes serbios y griegos cuyos servicios no son necesarios en Macedonia.

Sea a causa de las negociaciones de armisticio, sea por temor a que el cólera que diezma al ejército turco se propague a las tropas búlgaras, es lo cierto que de hecho se hallan poco menos que suspendidas las hostilidades en aquellas líneas, limitándose ambos beligerantes a cañonearse mutuamente de cuando en cuando.

En Andrinópolis, continúa intensamente el bombardeo y aunque los sitiados han intentado algunas salidas, en todas ellas han tenido que retirarse con grandes pérdidas. En cambio los sitiadores estrechan cada día más el cerco y dícese que se hallan ya a un kilómetro de la plaza, cuya situación no puede ser más crítica, pues a la escasez de víveres y de municiones que en ella se nota y al gran número de heridos que llenan las mezquitas, los hospitales y hasta las casas particulares, hay que agre-

principales ejes sobre los cuales giran las negociaciones entre turcos y búlgaros, pues mientras estos últimos exigen la rendición de aquella ciudad, los

Ismail-Kemal Bey proclamando la independencia de Albania. Es evidente, sin embargo, que los serbios no reconocerán este hecho, pues estando, como están, en guerra con Turquía y formando Albania parte integrante del imperio otomano, tienen perfecto derecho mientras duren las hostilidades a ocupar todas las poblaciones turcas, trátase de Albania o de Macedonia, sin que nadie pueda oponer a ello el menor reparo. Otras fuerzas serbias han ido persiguiendo a los destacamentos turcos que lograron escapar de Monastir y en Florina se han juntado con las columnas griegas procedentes de Salónica que habían ocupado la plaza.

Los griegos han ocupado las islas de Mytilene y Chíos en el mar Egeo y los ejércitos de tierra se han apoderado de Plumari, población del distrito del Sur de Lesbos, y de Camarina, localidad importante situada a tres horas de Louros, en la carretera de Janina.

Los turcos continúan reforzando las líneas de

Tchatalcha con los contingentes del Asia Menor.

Nada se sabe en concreto de las negociaciones turco búlgaras, pues si un día se dice que prosiguen las conferencias de los plenipotenciarios para fijar las condiciones del armisticio y de la paz, al siguiente se afirma que Turquía, considerando inaceptables las exigencias de Bulgaria, ha resuelto romper las negociaciones y continuar la guerra a todo trance.

La cuestión internacional ha pasado y está pasando por las más diversas alternativas, sucediéndose a intervalos las noticias pesimistas y las optimistas. La actitud de Austria respecto de Servia es poco tranquilizadora; pero el interés que las potencias tienen en evitar una conflagración europea, permite



En Mustafá-Bajá.—Ejecución de dos famosos bandidos backi-buzuks, autores de numerosos crímenes y que fueron aprehendidos, condenados a muerte y ejecutados por los búlgaros

primeros no quieren oír hablar siquiera de tal cosa y aun se han adelantado a los sucesos nombrando Ghazi, es decir, «Victorioso» al general Choukri, comandante de la plaza, antes de saber si podrá evitarse la rendición de la misma.

En la noche del 20 al 21 del pasado noviembre cuatro torpederos búlgaros atacaron, en aguas de Varna, al crucero turco *Hamidié*, causándole tan graves averías, que fué preciso llevarlo al arsenal de Constantinopla.

Los montenegrinos prosiguen el sitio de Eskutari, habiéndose notado estos días un recrudescimiento de las hostilidades.

Los serbios, después de haberse apoderado el 21



En Constantinopla.—Caravanas de aldeanos musulmanes que han abandonado sus pueblos ante el avance de los ejércitos aliados y se han refugiado en la capital

gar los incendios que han estallado en diferentes puntos de la ciudad.

La suerte de Andrinópolis parece ser uno de los

de Dibra, ocuparon Durazzo el 27. Como en otro lugar de este número decimos, en esta última plaza desembarcó, hace algunos días, el caudillo albanés

esperar que todas las dificultades se zanjarán pacíficamente, reuniéndose para ello una conferencia, que, en principio, aceptan las cancillerías.—R.

MELILLA.—LA ACCIÓN ESPAÑOLA EN EL RIFF. UNA FIESTA DE PAZ. (Fotografías de Welkin y C.^a)

El día 23 del pasado noviembre celebróse en Beni-Bu-Goucaren (Benisicar) una fiesta de verdadera trascendencia y que demuestra el arraigo conseguido por España en los territorios del Riff y los sentimientos que animan a los indígenas respecto de nosotros. El motivo de esta fiesta ha sido el haber llegado los moros, merced a las gestiones de nuestras autoridades y muy especialmente del capitán y de los tenientes de la *mía* de Beni Sicar, señores Villegas, Ortoneda y Caballé, al acuerdo de suprimir las llamadas deudas de sangre, las cuales quedan desde ahora extinguidas, borrándose los odios que tenían dividi-

dave dirigida a los moros, haciéndoles ver la imposibilidad de que subsista el antiguo sistema que tenían de hacer justicia, desde que hay autoridades españolas que amparan el derecho y castigan a los delincuentes, y pidiéndoles que confiaran en la justicia de España, que depusieran sinceramente sus rencores y se reconciliaran solemnemente con arreglo al ritual de costumbre.

La lectura de la alocución del general Aldave fué acogida con grandes muestras de entusiasmo por los cabileños, quienes prorrumpieron en aclamaciones a España, se cambiaron entre sí los ósculos de paz y recitaron los rezos



Los moros discutiendo las condiciones de los contratos de paz que han de solventar las deudas de sangre de la fracción de Beni-Sicar



Baso de concordia entre enemigos.—Grupo de autoridades e invitados comiendo el tradicional plato moro «alcuzcuz»

da en dos bandos a aquella cabila. Estas deudas se elevaban a la cifra de 248 y comprendían a unas 300 familias.

El acto fué grandioso y según los más ancianos, sin precedentes, desde la más remota fecha en aquellos territorios, y podrá servir de ejemplo para las demás cabilas, que seguramente, si se las dirige bien, no tardarán en imitarlo.

Desde las primeras horas de la mañana hasta las cuatro de la tarde hubo animación extraordinaria, bailes, comidas y otros festejos, fraternizando las familias que antes eran enemigas irreconciliables.

Asistieron al acto muchos oficiales y otros invitados, que al final del banquete, comieron el tradicional plato moro *alcuzcuz*.

El capitán Riquelme leyó en árabe una patriótica alocución del general Al-



Los moros recitando los rezos del ritual al terminar el acto

que su ritual señala para esta clase de ceremonias.

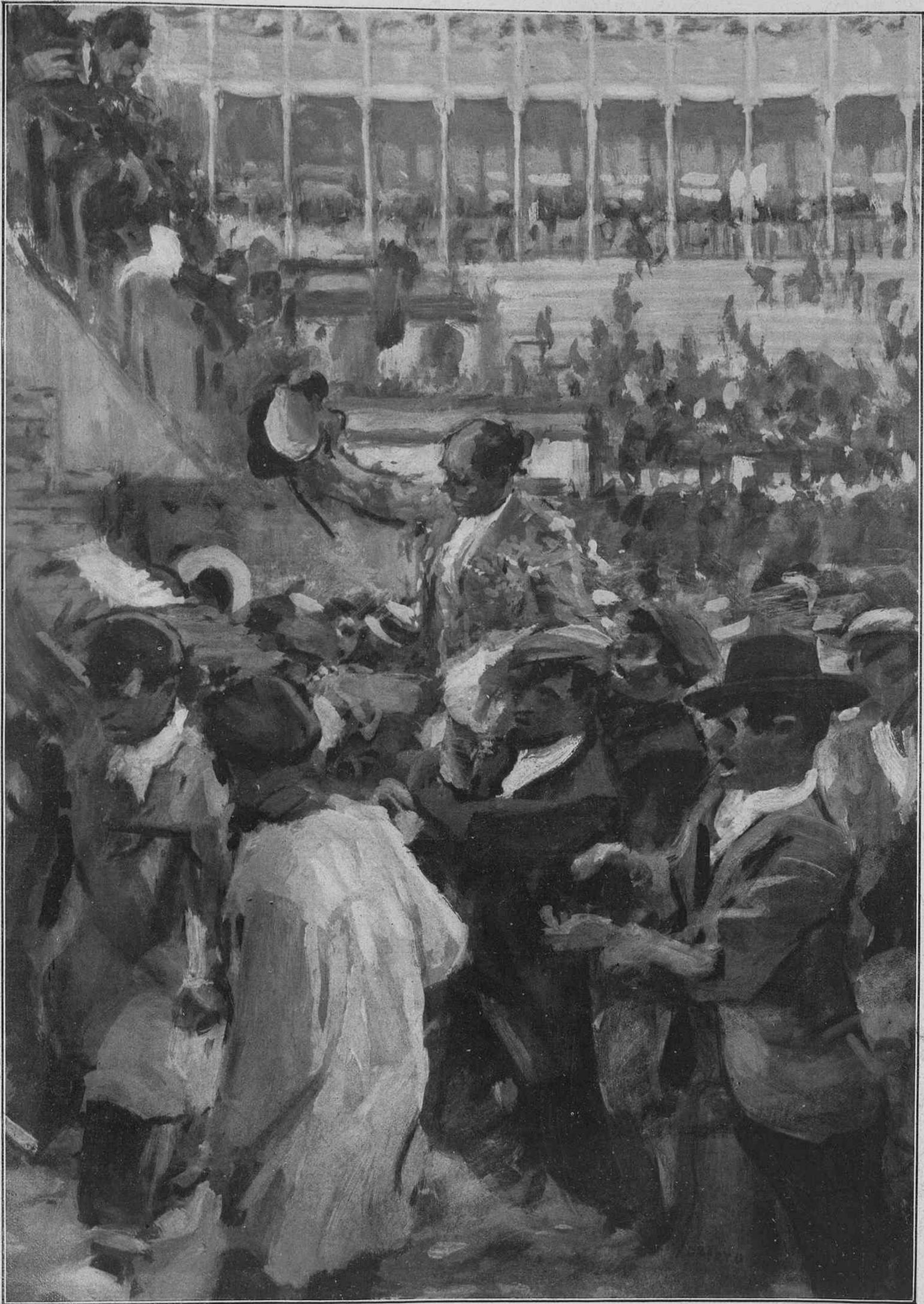
Como prueba del resultado práctico y sólido de esta fiesta de paz se puede aducir el que los mismos parientes más allegados de algunas víctimas que perecieron a manos criminalmente vengativas, suplicaron encarecidamente que se ponga en libertad a los autores de las tropelías que les privaron de sus seres más queridos, y que en la actualidad están presos bajo la autoridad de España.

Transmitida la petición al general Aldave, éste la acogió benévola-

mente, ya que de ningún modo mejor se podía dar comienzo a la extinción de las deudas de sangre, como textualmente lo dice el citado general en telegrama que envió al ministro de la Guerra.—S.



DISCUSIÓN EMPEÑADA, cuadro de H. J. Franke



EL TRIUNFO DEL ESPADA, cuadro de Roberto Domingo. (Salón Parés.)

RICARDO MORETTI

Después del maravilloso invento de la telegrafía sin hilos, viene ahora el no menos maravilloso de la telefonía sin hilos

alambres son bastante espaciadas entre sí. Al contrario, para la telefonía sin hilos es indispensable que las descargas se sigan una a otra con una frecuencia superior a la de las vibraciones sonoras. De aquí nace la necesidad de encontrar

laciones persistentes de período naturalmente superior al número de las vibraciones de la voz humana y del sonido en general.»

El aparato inventado por Moretti y bautizado con el nombre de Generador de oscilaciones eléctricas continuas es sencillo y de pequeñas dimensiones, y por medio del mismo se descompone la corriente eléctrica en una serie casi continua de descargas. Estas descargas promueven en un circuito oscilante oscilaciones electro magnéticas que se propagan, como todas las demás, irradiadas por la antena y son recibidas, en la estación receptora, por otra antena, lo mismo que en la radiotelegrafía.

Completa este sistema un micrófono hidráulico, pues los micrófonos al carbón sólo soportan las corrientes oscilantes. Hasta ahora ha empleado un micrófono Bell; pero Moretti está estudiando un nuevo micrófono hidráulico que tendrá todas las ventajas de los micrófonos sólidos y líquidos y no tendrá ninguno de sus defectos.

En las pruebas recientemente efectuadas en Roma se consiguió hablar a una distancia de mil y pico de kilómetros, y el inventor espera poder establecer muy pronto comunicaciones a distancias aun mayores.

Las primeras pruebas se realizaron sucesivamente entre la estación radiotelegráfica de Roma y las de Ponza, Maddalena, Palermo y Vittoria, transmitiéndose palabras, notas musicales y música propiamente dicha de una manera perfecta y con el empleo de una cantidad mínima de energía. Posteriormente se han hecho ensayos con la estación radiotelegráfica de Trípoli, en la cual los encargados de recibir los radiotelefonemas han reconocido la voz de los que los enviaban, lo cual demuestra que la radiotelefonía no altera el timbre de la voz ni la tonalidad de los sonidos, cualesquiera que éstos sean.

En vista del excelente resultado de los experimentos, el gobierno italiano ha resuelto instalar una estación radiotelegráfica completa en Roma y otra en Trípoli, a fin de poder comunicar directamente entre Italia y la Libia.

Ricardo Moretti, agradecido al apoyo que el gobierno le ha prestado y dando pruebas de un alto patriotismo, ha concedido a aquél el uso gratuito de su sistema para fines militares.

En cuanto a la utilización de la patente para fines industriales, se ha formado en Roma un sindicato con capitales italianos para la explotación de tan admirable invento.



Ricardo Moretti, inventor de la telefonía sin hilos, de la que se han hecho recientemente y con gran éxito experimentos entre Roma y Trípoli. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

también, debido al romano Ricardo Moretti, cuyo nombre hasta ahora desconocido no tardará seguramente en propagarse por todo el mundo, al par del de Guillermo Marconi, como el de uno de los más audaces y perseverantes desafiantes de las leyes naturales en beneficio de la humanidad.

Ricardo Moretti cuenta actualmente veintiséis años, es licenciado en Medicina; pero desde muy joven tuvo gran afición a las ciencias físicas y a ellas se ha dedicado siempre con gran entusiasmo.

Hace ocho o nueve años comenzó los trabajos y los ensayos que al fin le han conducido al definitivo triunfo.

Interrogado por un redactor de uno de los más importantes diarios de Roma, se ha expresado en los siguientes términos:

«No soy yo el inventor de la radiotelefonía. Ya antes de que Marconi tuviese la intuición de la grande aplicación de las ondas hertzianas (admitiendo que sean las ondas hertzianas las que nos permiten comunicar a larga distancia), habíase intentado comunicaciones genéricas sin alambres utilizando los fenómenos de inducción y conducción al través de la tierra, del agua y de las varias capas terrestres. Más tarde, cuando Marconi, con las ondas hertzianas, trazó el camino que debía seguirse, la mente de los estudiosos lo emprendió segura ya de que para todo género de comunicaciones telegráficas o telefónicas aquél era el único terreno al que los estudios debían llevarse. Pero mientras la telegrafía sin hilos avanzaba pasos de gigante hasta hacer posible las comunicaciones transatlánticas, la telefonía sin alambres no pasaba de los intentos, de los experimentos y de las hipótesis de laboratorio.

»Para explicar la razón de esta diferencia, es preciso establecer una confrontación entre la telegrafía y la telefonía. Como es bien sabido, para producir ondas eléctricas en la telegrafía son suficientes pocas descargas eléctricas en la unidad del tiempo; así es que las descargas de la telegrafía sin

un medio que produjese oscilaciones eléctricas de un modo continuo o casi continuo.

»Hicieronse tentativas muy geniales a este fin, pero sin resultados prácticos; ninguna de ellas, aun cuando momentáneamente pudieran ofrecer alguna esperanza, logró nunca pasar del laboratorio. La telefonía comienza a tomar nuevos rumbos, con la aparición de las oscilaciones persistentes, que tienen su origen en el descubrimiento del físico inglés Dundel, y con los perfeccionamientos consecutivos de Simón, de Ruhmer, de Poulsen y de otros.

»Pero sin extenderme demasiado puedo decir que razones de práctica han impedido hasta hoy un desarrollo verdaderamente eficaz de la telefonía sin hilos, aun cuando con algunos sistemas se han obtenido comunicaciones telefónicas satisfactorias aun a distancia considerable.

»Con mi sistema, que no necesita atmósferas especiales, obtengo centenares de miles de descargas por segundo, las cuales, para decirlo aproximadamente, promueven en los circuitos convenientes osci-



Barcelona.—Inauguración del Casino Hispano-Americano. Lunch ofrecido a los invitados al acto. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

UN NUEVO HIDROAEROPLANO

Los progresos realizados en poco tiempo por la navegación aérea son verdaderamente prodigiosos, sobre todo en lo que se refiere a la construcción de los aparatos. En efecto, si se comparan las primeras máquinas con que el hombre efectuó la conquista del aire con las que hoy fabrica la industria, parecerán mentiras los adelantos alcanzados.

Véase, en prueba de ello, el nuevo hidroaeroplano que el adjunto grabado reproduce y dígame si hace algunos años, mejor dicho, hace algunos meses, nadie hubiera creído que esa pesada mole pudiera hender los aires. Y sin embargo, este aparato ha volado hace pocos días en Issy-les-Moulineaux, en donde se efectuaron las pruebas oficiales del mismo, llevando en su nave, de seis metros de largo por dos y medio de ancho, al piloto y a seis pasajeros, y corriendo a una velocidad de 110 kilómetros por hora.

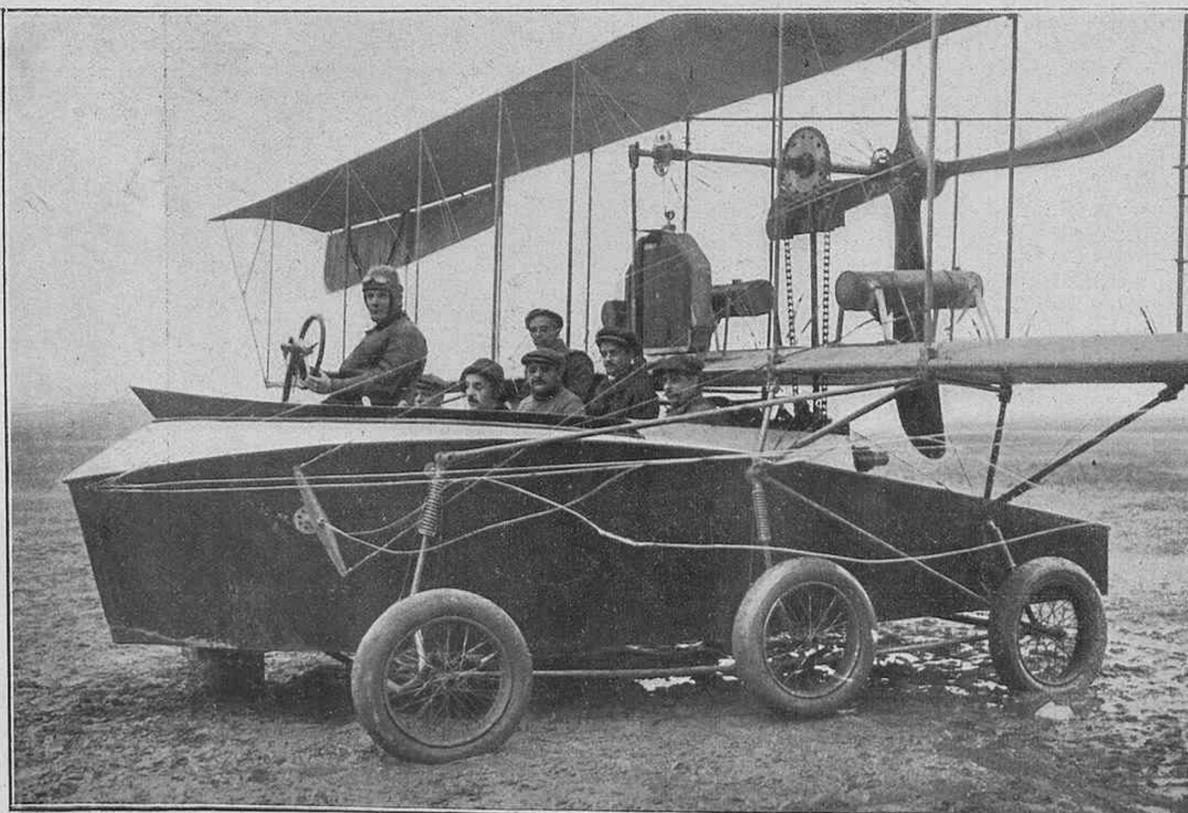
Este nuevo hidroaeroplano ha sido construido por Gabriel Voisín para el Sr. Deutsch de la Meurthe, el ilustre mecenas de la aeronáutica; pesa 2.050 kilogramos y lleva un motor Clerget de 200 caballos de fuerza que impulsa una hélice de cuatro palas.

BARCELONA.—EL CASINO HISPANO AMERICANO

Con asistencia de las autoridades y de una numerosa y distinguida concurrencia, en la que abundaban las damas elegantemente ataviadas, efectuóse hace pocos días la inauguración del Casino Hispano-Americano, instalado en un magnífico local de la Plaza de Cataluña.

Con este motivo celebróse una velada en la que varios miembros del casino pronunciaron elocuentes discursos enalteciendo la misión de confraternidad hispanoamericana que esta nueva entidad viene a llenar en nuestra capital.

Concluida la velada, los invitados fueron obsequiados con un espléndido lunch, en el que brindaron el jefe superior de policía Sr. Millán Astray, el secretario del gobierno civil Sr. Díe y Mas y el representante del capitán general, todos ellos haciendo votos por la prosperidad del casino, y el presidente de éste dando las gracias a cuantos con su presencia habían realizado el acto de la inauguración.



Nuevo hidro-aeroplano construido por Gabriel Voisín, que puede llevar, además del piloto, seis pasajeros y del cual se han hecho recientemente y con éxito satisfactorio ensayos en Issy-les-Moulineaux. (Fot. Rol.)

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



... esperando con impaciencia febril el momento de la cita y espiando a hurtadillas si alguien le seguía...

—Falta ahora encontrar este trabajo.
 —Sí; es menester que Claudio nos proporcione una colocación de estas condiciones que nos procure una existencia tranquila, fácil...
 —Desahogada...
 —¡Oh!, no soy exigente...
 —Sin embargo, una casita de campo...
 —Al borde del agua...
 —Con una pradera.

—Con dos o tres árboles...
 —Y mucho sol...
 —¡Ah, qué ilusión, qué ilusión!
 —Sería yo el hombre más inepto y más cobarde si no lograra realizarla. Tendrás tu casita bañada por el sol y al borde del agua...
 —Y si en esa casita no logro procurarte la existencia más dulce, más dichosa, seré una mujer mala, muy mala., abominable.

—¡Oh, vida mía! No blasfemes.
 Y la charla habría continuado si no la hubiese interrumpido el campanillazo que anunciaba la llegada de Claudio.

XIV.— PARA SALVAR EL HONOR

El Dr. Lecoutellier no había perdido el tiempo desde el día antes. Primeramente había recibido en

la Escuela de Medicina la visita del barón de Lorgerac que, quitándose al fin aquella máscara de impasibilidad con que momentos antes se protegía aún contra la mirada penetrante del bandido sentado en su despacho, se le presentaba pálido, abatido, con aspecto verdaderamente de viejo.

—¿Qué le pasa Sr. de Lorgerac? ¿Qué ha ocurrido?

—Que acabo de conferenciar con Delorme...

—Ya lo habíamos previsto... Y le ha propuesto descaradamente venderle...

—Sí.

—Pidiéndole mucho, una fortuna...

—Tres millones.

—Y usted ha regateado y al fin ha aceptado, ciéndole...

—Para mañana a las cinco.

—¿Llevará el documento?

—Llevará todos los documentos.

Había tanto enfriamiento en aquellas palabras «todos los documentos», que Claudio se alarmó.

—¿Hay alguno más que la hoja del registro?

—Hay otro que es mi sentencia de muerte si se hace público... Caballero, añadió con voz ahogada y temblorosa, es usted un hombre de honor.

—Supongo que no lo dudará usted, replicó Claudio algo nerviosamente.

—No formulo una pregunta; hago una afirmación hija del más profundo convencimiento, se lo aseguro. Y si digo esto a usted es a fin de prepararle y prepararme a mí mismo para una confesión cuyo secreto, estoy cierto de ello, quedará entre usted, que tantas cosas deplorables conoce ya de mi vida, y yo que no tengo esperanza más que en usted.

Y aquel vencido que acudía a demandar ayuda al que poco antes consideraba como su más mortal enemigo, comenzó el relato que inundó su frente de un sudor de angustia y de vergüenza. Cuando hubo llegado al final de aquel suplicio, Claudio contestó:

—Más que nunca es menester ahora recobrar lo que detenta ese miserable.

—¿Espera usted conseguirlo? ¿Cómo?..

—Preciso será que lo consiga puesto que ya no se trata sólo de la rehabilitación de la señora de Aspremont, sino también de la salvación de usted. Pero a cambio de esto creo que tengo derecho a imponer a usted mis condiciones y advierto a usted que serán duras...

—Con tal que sean de las que puede aceptar...

Iba a decir «un hombre de honor»; pero no se atrevió y bajando la cabeza murmuró:

—Un hombre como yo.

—He aquí mis condiciones, dijo Claudio con voz reposada. Sr. de Lorgerac, se halla usted en una situación financiera muy difícil.

—No se la he ocultado a usted, pero con un gran esfuerzo y un poco de suerte espero aún... No soy bastante viejo para renunciar a reparar..., a reconstituir...

—¿Siempre por los mismos medios? Tienen el inconveniente de ser aleatorios... La suerte en que usted confía puede ciertamente ponerle otra vez a flote, pero nuevos fracasos le pondrían no ya en una situación difícil, sino en un atolladero, del que no podría usted salir con la frente alta y el nombre intacto. Ahora bien, si todo lo demás se ha perdido, es preciso que a sus hijos les quede por lo menos el honor, y sólo con esta condición voy a intentar salvar lo que ha de ser la única herencia de su hijo de usted y de Rolanda.

—Explíquese usted.

—Es muy sencillo. Si le libro a usted de Delorme, si le restituyo lo que sólo debemos conocer usted y yo, y esté usted cierto de que su secreto está tan seguro en el fondo de mi conciencia como en el fondo de su remordimiento... Si esto hago, prométame usted comenzar en seguida la liquidación discreta, sucesiva, pero completa, de su situación.

—Es la ruina, caballero.

—Pero es también la seguridad suceda lo que suceda.

—Significa, piénselo usted bien, la venta forzada de la herencia de Aspremont...

—Y también del palacio; lo temo por usted.

—¿Y en qué condiciones!

—En condiciones malas, como siempre que se vende de prisa.

—En cambio, esperando un momento favorable, intentando un esfuerzo enérgico, habría podido salvar...

—No, señor barón, porque en este juego podría usted perder y entonces no podría, como ahora, hacer honor a su palabra.

—Pero si yo hiciese lo que usted me dice, ¿no tendrían mis hijos y la señorita de Aspremont el derecho de echarme en cara...

—¡Sus hijos..., Rolanda!. Anuncie usted en seguida a su hijo que ha tomado la resolución que impongo como condición de mi tentativa, y le proporcionará usted una alegría inmensa, inesperada... Conque, ¿cuanto con su palabra?

El barón permaneció unos momentos silencioso... Sí, decididamente envejecía, porque en vez de rebelarse, preguntábase si por casualidad..., por suerte... tomándose tiempo y dirigiendo hábilmente la barca al través de los escollos de aquella liquidación tan complicada y peligrosa, le quedaría tal vez algo, algo que podría ser Aspremont. Y de nuevo pensaba en aquel retiro, en aquella abdicación, en aquella desaparición. En fin, su vida había fracasado. La enorme partida que se había obstinado en continuar estaba perdida; no había, pues, más que pagar, ya que aun podía hacerlo, y dejar el juego. Así es que a la pregunta de Claudio contestó resignado:

—Sea, acepto; y no sólo puede usted contar con mi palabra, sino con algo más, con la declaración que inmediatamente voy a hacer a mi hijo.

A consecuencia de aquella declaración que Enrique, con gran asombro de su padre, recibió con inmensa alegría, casi con gratitud, había tenido aquél, al día siguiente, la venturosa conversación con Rolanda, en la que uno y otra habían aceptado tan alegremente la pobreza que obliga a trabajar.

Pero aquella negociación difícil no había sido más que una pequeña parte de la labor realizada desde la víspera por el Dr. Lecoutellier... Faltaba aún lo más difícil, lo concerniente a Delorme. ¿Cómo recuperar no sólo la página robada del registro de Río Frío, sino además la carta sustraída durante la agonia del teniente de Aspremont, documento ahora tan importante e indispensable como aquél? Esto se preguntaba Claudio con inquietud rayana en ansiedad; sobre todo, al pensar que para encontrar aquel medio y ejecutarlo sólo tenía veinticuatro horas.

Aquel bandido jamás restituiría de buen grado lo que él creía que debía valerle una fortuna... ¿Se le arrancarían a la fuerza? No podía entablarse una lucha contra aquel hombre a quien se había atraído al palacio de Aspremont; por repugnante e innoble que fuese tal personaje, Claudio se rebelaba ante la sola idea de intentar vencerle por un medio más innoble y más repugnante todavía..., una emboscada..., una lucha... Además, una lucha... La violencia llama y justifica la violencia; y así como Delorme era capaz de resistir a todas las súplicas, a todas las intimidaciones, así también lo era de contestar a la menor tentativa sospechosa con una agresión desesperada... Seguramente acudiría a la cita armado y en este caso ya no sería lucha, sería una matanza, en la que el miserable tendría casi el derecho de alegar la legítima defensa.

Por otra parte, aun venciendo, no era posible suprimirle y entonces el canalla hablaría y entonces la confesión del barón..., la promesa de Claudio..., determinaban una dificultad nueva, inextricable. Si solamente se hubiese tratado del documento de Río Frío, poco habría importado que el mundo entero se hubiese enterado de todo lo allí ocurrido; pero ahora las cosas presentaban otro aspecto y Claudio sabía lo que lógicamente debía suceder. En el asunto intervendrían la policía primero, la justicia después; se interrogaría a Delorme sobre su robo, y él públicamente lo diría todo y ante el tribunal, por boca de su abogado, explicaría minuciosamente, serozmente, de qué documentos era portador y citaría el texto, que debía saberse de memoria, de aquella maldita carta, revelando de este modo lo que de nadie había de ser conocido y entregando a la voracidad de los diarios la acción vergonzosa, deshonrosa del barón de Lorgerac, la acción que, según promesa de Claudio, nadie debía ni siquiera sospechar; la acción cuya divulgación, según afirmara el barón con acento que no daba lugar a duda, sería la sentencia de muerte del culpable, cubierto así de oprobio.

Y Claudio se estremecía aún al recuerdo de aquella mirada furtiva que Lorgerac lanzara al cajón de su mesa y en el que había, bien lo comprendió el doctor, el arma que tan fácil e implacablemente ejecuta las sentencias sin apelación.

¿Qué hacer, pues? ¿Qué decidir?

Y Claudio se absorbió en el febril trabajo de toda su inteligencia, de toda su voluntad, para encontrar la solución de aquel problema, el más arduo quizás de cuantos en su vida había intentado resolver. Hasta que al fin, después de una meditación larga, definitiva, se dijo:

—Sí, es el único medio... y aun ¿será eficaz? Pero no puedo elegir otros...

Y cogiendo el sombrero salió apresuradamente.

—Si preguntan por mí, dijo a su viejo secretario, o si vienen el joven o la joven que estuvieron aquí ayer, dígasles usted que les espero esta tarde en mi

casa... Lo mismo dirá usted a aquel caballero que fué mi compañero de viaje, el Sr. Honorat.

—Está muy bien señor doctor.

—Pues hasta mañana.

Poco después llegaba Claudio al bulevar del Palacio y entrando por una puerta monumental, que le era bien conocida, subió por una escalera de la derecha hasta el segundo piso. Estaba en la antecámara de la Prefectura de Policía.

—¿El secretario general?, preguntó a un ujier.

—El señor secretario no recibe a esta hora.

—Haga usted el favor de pasarle esta tarjeta.

Momentos después reapareció el ujier diciendo:

—Si el Sr. Dr. Lecoutellier quiere tener la bondad de entrar...

El secretario general, cumplido caballero, se había levantado de su mesa de despacho.

—Para usted, señor doctor, estoy siempre. ¿Debo el honor de esta visita también a sus protegidas?

—Sí y no.

—¿Qué les pasa?

—A ellas, de momento, nada; pero por causa suya me hallo sumamente perplejo.

—¿Por qué?

—Porque tengo que habérmelas con un bandido que les ha robado...

—¿El arca de caudales?.. Sí, ya sé...

—No, del arca hablaremos luego; ahora vengo a hablar a usted de otra cosa que les fué robada hace mucho tiempo... diez y siete años.

—Siendo así, el delito ha prescrito y sólo queda la acción civil.

—¿Cómo, prescrito?

—Sí, a los tres años cesa nuestra intervención y no queda más que la acción ante los tribunales civiles con los procedimientos ordinarios.

Y viendo que Claudio, visiblemente contrariado, no respondía, el secretario le preguntó:

—¿Y qué ha robado ese bandido?

—Ha robado a la que usted conoce como señora Casteras y que en realidad se llama...

—Sí, me acuerdo..., dícese casada en el extranjero con el difunto Sr. de Aspremont.

—Y es la verdad, caballero.

—Pero usted sólo trae una afirmación que, procediendo de usted, es importante... Sin embargo, mejor sería una prueba palpable.

—¿El acta de matrimonio, por ejemplo?

—Sí, un extracto auténtico del estado civil tendría su valor.

—¿Y el mismo estado civil?

—¿El registro?

—¿Por lo menos la página de ese registro, auténtica, innegable, firmada por los contrayentes, el sacerdote y los testigos.

—Este documento sería perfecto.

—Pues ese documento es el que ese hombre ha robado.

—¿Y qué quería hacer con él?

—Venderlo.

—¿A ella?

—Ella no habría sido bastante rica para pagarlo, en vista de lo cual intentó una combinación tenebrosa, que gracias a mí fracasó, y después ha ido a ofrecer su mercancía a otro, al barón de Lorgerac.

—Hubiera debido yo sospecharlo..., fué a ofrecerla al que detentaba... De modo que el barón posee...

—No... Se precipita usted. El Sr. de Lorgerac, convencido de la realidad del matrimonio de la señora Casteras con su primo de Aspremont, sólo desea que ese documento oficial sea restituído a la que realmente es su prima.

—Me asombra usted...

—Crea usted que el barón es mejor de lo que usted se figura y que trabaja lealmente a tal fin.

—¿Y de qué medios se vale para ello?

—Ya verá usted: el otro pide por su papel una cantidad enorme..., millones... y nosotros quisiéramos recobrarlo de balde.

—Comprendido. Pero la cosa es delicada, porque si el otro no quiere restituir de buen grado, no sé cómo podría obligársele a ello. Ya he dicho a usted que el delito ha prescrito y que no puedo hacer intervenir en el asunto a la policía, ni emplear la fuerza, porque sería un abuso de poder..., y si algún diario de oposición se enterase...

—Además, si es ilegal no hablemos más de ello, tanto más cuanto que nosotros tenemos también nuestras razones para que los pormenores de esa reivindicación no sean relatados por la crónica judicial.

—¿Pues entonces qué quiere usted que se haga?

—Voy a decírselo. Ese hombre ha quedado citado en casa del Sr. de Lorgerac para canjear por una cantidad que no se puede ni se quiere darle, el do-

cumento de que le he hablado y una carta escrita en otro tiempo por el propio Sr. de Lorgerac.

—¿Qué carta es ésta?

—Una carta íntima..., relacionada con esos acontecimientos... que aquel hombre también robó y que el barón desea recuperar.

—¿Es indiscreto preguntar qué decía esa carta?

—Sí, es indiscreto, respondió el doctor sonriendo.

Bástele a usted saber qué fué dirigida por el barón a su primo de Aspremont... y deduzca de ello que ni usted ni yo debemos mezclarnos en lo que los dos primos se decían.

El secretario fijó en Claudio su mirada escéptica y aguda, y sonriendo a su vez, dijo:

—Bueno, no nos mezclemos en ello... De modo que ese hombre está citado...

—Para canjear esos documentos, que usted no tiene el derecho de quitarle...

—Por la cantidad fantástica que ustedes no quieren darle... Pues tampoco veo cómo se arregla esto.

—Sin embargo, si por otro motivo tuviera usted derecho de prender a ese hombre.

—Comprendo; pero ¿qué motivo?

—Un motivo fundado, un robo con fractura cuya prueba me ofrezco a dar inmediatamente a usted... Y además, por otros muchos motivos que descubrirá usted escudriñando el pasado de ese honrado industrial.

—Me basta con el robo con fractura. ¿Cuánto tiempo hace que lo cometió?

—¡Oh! Este no ha prescrito... Hace tres meses...

—En este caso, si hay indicios suficientes, puedo obrar.

—Y si una vez detenido se hace con ese hombre lo que supongo que se hace con todos aquellos a quienes se prende..., si se le registra...

—Se hará; lo ordena el reglamento.

—Entonces se encontrarán encima de él los dos documentos en cuestión; y si es así, ¿se creerán ustedes obligados en conciencia a devolvérselos?

El secretario reflexionó unos instantes.

—Si tiene sobre la conciencia, dijo, un robo con fractura, bien probado, y si además se encuentran antecedentes graves en su pasado, podría yo ciertamente reproducir el viejo procedimiento que aconseja salirse de la legalidad para volver a entrar en el derecho... Encuentro encima de él unos documentos..., veo que pertenecen evidentemente a los que en ellos se designa...

—Y que los firmaron...

—Y se los devuelvo a sus verdaderos propietarios. Si él reclama, le pregunto cómo han llegado a su poder a lo que él tendrá que contestarme que los ha robado; y como el antiguo adagio dice que no se tramitará ninguna demanda fundada en una causa torpe..., paso adelante y restituyo.

—Y como en su proceso no se tratará de este incidente, del todo ajeno a él...

—Esto no puedo garantizárselo a usted, porque no tengo medio de impedir que él o su abogado digan en plena audiencia a los jurados: «Se ha aprovechado mi detención para quitarme unos documentos que...»

—¡Ah, sería desastroso!

—En verdad, no es probable porque con ello pondría al jurado al corriente de otro delito impune exponiéndose a que le aplicaran el máximo de la pena. Pero de todos modos no puedo garantizarlo.

—En fin, a falta de cosa mejor...

—En este caso, déme usted sus informes. ¿Quién es ese individuo? ¿De qué robo se trata?

—El hombre se llama Delorme y él es quien robó hace tres meses el arca de la señora Casteras que contenía treinta mil francos.

—¿Y en qué funda usted su culpabilidad?

—En la confesión del cómplice que le ayudó.

—¿Y ese cómplice?

—No se lo entrego a usted. Le he hecho expatriarse y se halla en camino del otro extremo del mundo.

—¿Se interesa usted, pues, por él?

—Por él, poco; por su pobre padre, mucho. Además, voy a hacer una confidencia no al funcionario público sino al caballero con quien hablo y a quien pido que guarde el secreto...

—Desde este momento, doctor, dejamos de estar en la Prefectura de Policía.

—Pues bien, oiga usted la historia de un desgraciado, del hijo de un bravo y honrado militar, del último representante de una familia que figura en el armorial... Es la historia del cómplice de nuestro ladrón.

El secretario escuchó atento el relato de Claudio, que era, casi palabra por palabra la confesión que Ludovico de Queyrel, aterrado, sin fuerza ya para resistir y sin presencia de ánimo para disculparse,

había terminado por completo, días antes, en el comedor de la calle de la Torre. El cómplice de Delorme había confesado todo lo que había cometido por instigación de aquel bandido..., de aquellos bandidos, y había dicho cuanto sabía de ellos, de sus fechorías, de sus tratos, es decir, todo lo que ahora iluminaba la tenebrosa intriga con la luz que aporta la verdad evidente.

Cuando hubo terminado, el secretario le dijo:

—¿Y ése es el hombre que no quiere usted entregarnos?

—Y a quien he hecho partir muy lejos.

—¿Pues sabe usted que es bien poco interesante ese ser de pereza y de vicio?

—Su pobre padre me ha dado compasión... Además, me ha parecido que al fin había hecho yo vibrar cierta emoción en aquel pecho gangrenado... En suma, qué quiere usted, he querido intentar este salvamento.

—¿Y adónde lo ha enviado usted?

—Al Extremo Oriente... El sitio preciso supongo que no le importará mucho.

—Prefiero no saberlo, replicó el secretario sin poder contener una sonrisa.

—Hay allí uno de esos heraldos de la civilización que avanzan siempre siguiendo un poco un camino teóricamente trazado y un mucho marchando a la ventura... Con un pequeño contingente de indígenas y unos cuantos compañeros resueltos, se lanza a lo desconocido, afrontando estoicamente el cansancio, la enfermedad, la muerte que le acechan a cada instante de ese camino que él es el primero en trazar... Es un antiguo amigo mío...

—¿Y usted le envía ese recluta? ¡Valiente regalo le hace usted, doctor!

—Quizás se equivoque usted. Necesita un dibujante que, al mismo tiempo, sepa algo de fotografía y ese joven puede prestarle verdaderos servicios. Y cuando, durante un año o dos, habrá llevado esa vida de terribles... y saludables pruebas que vislumbremos...

—O bien dejará allí la piel...

—Lo que no sería una gran desgracia, se lo concedo a usted sin dificultad, o volverá con el cuerpo y el alma singularmente transformados.

—Sí, aquella existencia le habrá hecho olvidar algo el tocador de Francia Primavera.

—Y espero sinceramente que le habrá quitado del todo las ganas de volver a las andadas.

—El tiempo lo dirá.

—Por esto no hará usted sentar en los bancos del tribunal al hijo del comandante de Queyrel al lado del que se hace llamar vizconde de l'Orme.

—Pero mi querido doctor, y ahora vuelvo a ser el secretario del prefecto de policía, su viajero de usted va a hacernos mucha falta cuando queramos probar la culpabilidad del otro... Él es, en resumen, el eje de la acusación de usted, de la nuestra, por consiguiente, y sin él, sin su confesión, Delorme resulta invulnerable, porque no hay en contra suya ni piezas de convicción, ni testigos, ni pruebas, ni indicios de ninguna clase.

—Bien lo veo... y, sin embargo, no puedo..., no quiero entregárselo a ustedes...

—¿Qué hacer, pues?

—¡Ah, si pudiera usted encontrar!..

—Espere usted...

Reflexionó un momento y recordando algunos pormenores del relato del doctor, añadió:

—Me ha dicho usted que hay un tercer cómplice, el crupier.

—Sí, él fué quien llevó a la criada de las señoras de Aspremont la carta destinada a alejarlo de la casa en el momento del robo; y él fué quien, después, se fingió agente de la Seguridad.

—Pues ya tenemos al hombre que hace falta.

—Pero hay que dar con él.

—¿Se llama?

—Madeleur y entre los suyos es conocido por el apodo característico de Tres Zarpas.

—¿De dónde es crupier?

—Es o era empleado del Internacional Club.

—Más familiarmente la Raedera... Es muy fácil encontrarle... Dentro de una hora estará detenido.

—Pero también negará.

—No, porque tenemos contra él algo que no tenemos aún contra Delorme... El testimonio de los que le vieron en funciones y que le reconocerán en seguida.

—Es evidente... Ha dado usted en el quid... La criada de la señora de Aspremont lo vió cuando le entregó aquella carta...

—Carta falsificada, a todas luces. ¿Y está todavía al servicio de la señora de Aspremont esa criada?

—No, dejó la casa.

—¿Sabe usted su dirección actual?

—Desgraciadamente no la sé.

—La sabremos..., espere usted... En la carta que le llevó Madeleur, dijo después de reflexionar un poco, se hablaba de un notario...

—Sí, del notario de Brunoy.

—Y se le hablaba de una herencia.

—Exactamente.

—¿Y existe esa herencia, en realidad?

—Por lo menos Octavia Poncet pretende tener derecho a ella.

—¿Y el notario de Brunoy está, en efecto, encargado de los intereses de esa Octavia?

—Sí, y por esto precisamente no vaciló en ir a la plaza de la Bastilla, en donde esperaba encontrar al pasante de aquel notario.

—En este caso, el notario tiene su dirección; por consiguiente, cuando queramos la tendremos nosotros... Un telegrama, y es cosa de una hora, a lo sumo.

—Y Octavia vió a Madeleur...

—También le vió la señorita de Aspremont cuando poco después se presentó en la avenida de los Ternos fingiéndose agente de policía.

—Y los porteros de la casa con quienes habló largo rato.

—¿Los porteros?.. ¿Había varios?

—Sí, el marido y la mujer.

—Son, pues, cuatro testigos. Basta y sobre con ellos... Madeleur si no recuerdo mal no figuró en el robo.

—No, éste lo efectuaron solos Delorme y Ludovico.

—Mejor; así le acusaré de haber intervenido en él y como no querrá pagar por los otros morderá el anzuelo.

—¿Cree usted que le hará confesar?

—Querido doctor, tenemos en la Seguridad unos mozos que para hacer hablar a un hombre dan quinque y raya a los jueces de instrucción.

—¿Y cómo va usted a proceder?

—¿Delorme está citado en casa del Sr. de Lorgerac mañana a las cinco?

—Sí.

—Sería imprudente detener antes a Madeleur.

—Delorme podría entrar en sospecha.

—De todos modos, pondremos sobre la pista de Madeleur a dos agentes provistos de un auto de prisión... Le encontrarán en seguida; estoy tan seguro de ello que, si quisiéramos dentro de una hora estaría aquí.

—Quizás podría decirnos muchas cosas acerca del otro.

—Es sólo un aplazamiento de veinticuatro horas. Desde esta noche se le sigue y mañana, a las cinco en punto, cuando ya Delorme esté en casa del señor de Lorgerac, se le prende.

—¿Y en cuanto a Delorme?

—Lo más sencillo será prenderle en el mismo palacio de Aspremont.

—¿Enviará usted allí agentes?

—Y un comisario; hay que hacer las cosas bien.

—Mientras nuestro hombre no se percate de ello...

—No tema usted; nuestros hombres conocen su oficio... Además, estarán en el palacio mucho antes de que llegue allí Delorme... Por supuesto que tendrá usted la bondad de avisar al Sr. de Lorgerac para que dé hospitalidad a mis agentes, para que éstos puedan entrar discretamente, rápidamente... Importa sobre todo que no tengan que llamar ni esperar a la puerta del palacio.

—Así se hará.

—Y entretanto, como supongo que a las señoras de Aspremont no les agrada acudir otra vez a la comisaría de la calle de Fourcroy, se les tomará declaración en el mismo palacio.

—Allí estarán a la disposición del comisario.

—Que seguramente habrá de pedir a usted otros varios informes.

—Estaré también allí y todo lo que yo sepa..., salvo lo relativo al joven de Queyrel...

—Convenido, sólo pediremos a usted indicaciones concernientes al otro.

—Desgraciadamente he dado a usted casi todas las que tenía.

—Pero..., ahora se me ocurre que tal vez podríamos tener en seguida noticias de ese individuo a quien usted, después de todo, conoce poco.

—Sé que fué soldado de cazadores de África, que era sargento reenganchado, que fué exonerado y que tomó la licencia después de la campaña de México.

—¿Y de su apellido hizo un vizcondado, llamándose en realidad Victorino Delorme?

—Esto lo afirma otro testigo que era soldado al mismo tiempo que él,

—El que puede atestiguar, según usted me ha dicho que en el momento del robo del registro de Río Frío estaba allí Delorme. ¿Y este testigo se llama?

—Cesáreo Honorat, que formaba parte del mismo destacamento que Delorme y que actualmente es picador del Tattersall de la calle de Pergolese.

—Perfectamente, dijo el secretario que hacía rato estaba tomando notas.

Después llamó por teléfono y cuando le hubieron contestado, ordenó:

—Que se ponga al aparato alguien del servicio de indagaciones.

Y mientras cumplían su orden preguntó a Claudio:

—¿Qué edad tiene aproximadamente Delorme?

—Unos cuarenta y cinco años.

En esto, el funcionario a quien llamara el secretario habíase puesto al aparato, y empezó la comunicación, mezclada con preguntas breves dirigidas y por éste contestadas con igual laconismo.

—Victorino Delorme, cazador de África, licenciado después de la campaña de México; unos cuarenta y cinco años.

Y dirigiéndose a Claudio:

—¿Su físico?

—Cutis tostado, bigote entrecano, aire de viejo militar.

El secretario repitió por teléfono la indicación y añadió:

—Vea usted si hay alguna ficha referente a algún sujeto por este estilo.

Y colgando el receptor, dijo a Claudio:

—Ahora va a comprobar.

—No he de decir a usted, manifestóle el doctor mientras esperaban la respuesta, cuán agradecidos estamos a usted mis amigos y yo...

—No diga usted esto... Soy yo quien estoy agradecido a usted porque me ayuda a desempeñar mi misión, que consiste en proteger a las personas honradas contra los Delorme y compañía.

El timbre del teléfono volvió a sonar y el secretario aplicó de nuevo a su oído el receptor.

—Me dice, como yo suponía, que hay varias fichas de Delormes y entre ellas dos o tres que pueden corresponder a las señas que le damos... Una sobre todo... ¡Ah, si fuese éste!.. Nunca hemos podido echarle el guante y, sin embargo, estamos convencidos de que está afiliado a una cuadrilla cosmopolita, de la que quizás es el jefe... Uno de los asociados de esa cuadrilla ha sido precisamente detenido esta noche en Ruán, vestido de eclesiástico; se trata de un sacerdote italiano, en entredicho eclesiástico hace muchos años y que sabe explotar admirablemente sus hábitos y sus antiguas relaciones. Se le ha detenido en el momento en que iba a tomar el tren llevando consigo un botín de joyas que sus cómplices acababan de robar en la ciudad...

—¿Se llamará, por casualidad, monseñor Della Ronda?

—¿Cómo puede usted saberlo si de este hecho no han hablado aún los periódicos?

—Pero ¿se llama como digo?

—Sí.

—Pues bien, ese Della Ronda era uno de los testigos traídos por Delorme para la boda que estuvo a punto de efectuarse... El mismo Ludovico me lo nombró cuando le hice explicar minuciosamente... ¡Qué buena inspiración tuve de acosarle a preguntas!..

—¿Cómo, hay un Della Ronda mezclado en este asunto? Entonces, mi querido doctor, tiene usted derecho a algo más que a las gracias; merece nuestra gratitud sin límites, porque se trata de una asociación de bribones que operaba con una seguridad, con una maestría... ¡Qué satisfacción si a usted debiera el poder echar el guante al jefe!.. Hasta mañana, pues; y ahora soy yo quien tengo más prisa que usted por saber lo que ese Delorme se trae en el buche y en los bolsillos.

—En cuanto a esto, ya sabe usted que hay algo que no debemos ver.

—¿La famosa carta?.. No tema usted; leeremos la firma y se la entregaremos en seguida a su dueño. ¿No es esto?

—Tiene usted toda la delicadeza y toda la cortesía...

—El oficio lo trae, mi querido doctor.

Claudio se despidió. Faltaba sólo avisar al barón y reunir al día siguiente en el palacio de Aspremont a todos los que allí habían de estar... Lo demás quedaba en manos de la Providencia que acaba siempre por equilibrar la balanza entre los que hacen el mal y los que durante demasiado tiempo han sido sus víctimas.

Por esta razón, porque se acercaba el momento de la aventurada peripecia que había de poner feliz

término a la aventura comenzada diez y siete años antes en Río Frío o que quizás aportaría a ella alguna complicación inesperada y temible, el doctor acudió al día siguiente a la avenida de los Ternos, en donde le esperaba desde hacía rato, aunque esta vez muy pacientemente Enrique de Lorgerac. Como la víspera, cuando se fué a la Prefectura, Claudio, que la noche antes no había visto a Honorat y que preveía el caso de que pudiera ser útil su presencia en el palacio de Aspremont, había dicho, al salir, a su viejo secretario:

—Si antes de las cinco viene el Sr. Honorat, dígame que vaya inmediatamente al palacio de Aspremont en donde le espero y en donde puede prestarme un señalado servicio.

—¿Honorat?

—Sí, la persona que viene aquí desde hace tres o cuatro días.

—Está bien, señor doctor.

—Y Claudio se encaminó a la avenida de los Ternos para recoger todas sus tropas a fin de empreñar y ganar la última batalla.

XV.—UN BANDIDO ARROGANTE

Sí, la última... Porque en el campo enemigo se armaban también para el combate.

Delorme había tomado todas sus disposiciones, todas sus precauciones. En primer lugar, se había desembarazado de Madeleur que ahora se agarraba a su querido camarada de un modo que el querido camarada encontraba cada vez más molesto. A pesar de todo, había tenido por de pronto que aguantarlo pensando: «Disfruta tú de lo que tengas; que yo esta noche tomo el tren de Calais, y una vez en Londres... listo ha de ser el que me encuentre.» Pero en cuanto halló una ocasión propicia, habíale dicho amablemente, demasiado amablemente quízás:

—Es preciso que nos separemos... Será [mejor para ti que no nos vean juntos.

—¿Por qué?, había preguntado el crupier que no veía en ello inconveniente ni peligro.

A lo que Delorme había contestado con una repentina generosidad que su fiel amigo no le conocía:

—Porque si me cae una teja encima..., prefiero que no estés conmigo.

Y bromeando, como en sus juventudes, añadió:

—Así por lo menos podrás endulzar mi cautiverio si me mandan a presidio.

—¿Tú, a presidio? ¡Qué gracia!

—Quién sabe; hay que esperar lo todo.

—¿No me dijiste que nada arriesgabas?

—Te dije que tenía todos los triunfos..., noventa y nueve probabilidades contra una de ganar; pero no tengo aún los cuartos, y mientras éstos no estén en el bolsillo, puede surgir la única probabilidad contraria.

—Pero, ¿qué puede suceder?

—Si lo supiese o lo sospechase siquiera, ya me habría prevenido... Es precisamente una piedrecita inesperada, imposible de ver, lo que puede hacerme tropezar y romperme el alma... Por esto, si he de perderme, prefiero perderme solo... Además, si nos espiesen...

—¿Crees tú?

—Cuando te digo que hay que preverlo todo. A Lorgerac debe hacerle muy poca gracia entregarme tres millones y puedes figurarte si habrá trazado planes desde ayer...

—Para que la cosa le salga más barata...

—O de balde... Pero o soy el mayor de los imbéciles o aflojará la mosca... Pero, en fin, si lo que creo imposible, me preparase una emboscada, no quiero que te pesquen a ti; por consiguiente, vámonos cada cual por nuestro lado, y hasta la noche.

—Además, dijo Madeleur guiñando el ojo; me figuro que tienes interés en que yo no conozca tu escondrijo.

—¿Qué escondrijo?

—Aquél adonde vas a buscar los papeles del caballero y en donde debes tener otros muchos, por ejemplo, los pagarés del muchacho.

—Bueno, sí, tienes razón, dijo Delorme riendo ruidosamente... ¡Quién te engañe a ti!..

—Hace tiempo que nos conocemos.

—Pues ya que estamos de acuerdo, déjame en paz.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Después de la ceremonia.

—Corriente; pero dime hora y sitio.

—La cosa puede durar; pongamos una hora.

—¿Oh, lo más?

—No lo creas; si paga en billetes de banco..., sólo el tiempo de contar tres millones...

—No te pagará en billetes..., se necesitaría un carrerón para llevarlos... Te firmará letras.

—No me gustó esta solución.

—¿Por qué?

—Serán tal vez quimeras, pero no me fiaría de su papel. Prefiero el del Banco de Francia,

—O bien cheques.

—Esto sería mejor que letras, porque antes de entregarle la mercancía, le rogaría cortésmente que enviase a cobrarlos.

—Y no soltarías los papeles hasta tocar los cuartos.

—Toma y daca, exactamente. Esta solución también me haría perder tiempo.

—Pero tampoco puede ser esto, porque a esa hora todos los bancos están cerrados.

—Es verdad. Pues en este caso me guardo mis papeles y quedo en volver mañana, para que tenga tiempo de hacer efectivos sus cheques. Pero todo esto, como ves, puede durar mucho; vale más, por consiguiente, que quedemos citados, para después de concluido el negocio, en cualquier parte..., en casa de Francina. Espérame allí.

—Corriente.

—Espero estar allí a las seis... Iremos a comer juntos... Y si tardo algo, estando con la dama de tus pensamientos no te parecerá el tiempo tan largo.

—Con tal que no encuentre allí al otro.

—¿De Queyrel?

—¡Diantre! ¿Adónde quieres que vaya ahora que no tiene un céntimo?

—Precisamente por esto, me figuro que Francina le pondrá de patitas en la calle.

—¿Quién sabe!

—Vamos, hombre. Entra en su casa y anúnciale la próxima llegada de los cuartos y verás cómo quedas dueño de la posición... Conque, hasta luego.

—Y buena suerte.

Después de lo cual, Delorme, desembarazado de aquel estorbo, se paseó largamente por aquel París, del que pronto se despidiría para siempre, esperando con impaciencia febril el momento de la cita y espiando a hurtadillas si alguien le seguía... No, nada sospechoso...

Sacó un reloj y dijo:

—Ya es hora.

Era, en efecto, hora de ir a buscar lo que él llamaba «su mercancía». ¡Oh! No engañaba a sus cómplices cuando les decía que estaba en sitio seguro. Del lugar en donde la había puesto sólo él podía sacarla; hallábase, en efecto, en un compartimento de cámara acorazada del *Credit general Français*, cuya llave únicamente él tenía, y que había alcanzado con nombre supuesto. En aquel retiro inviolable estaba, desde hacía diez y siete años, el sobre que contenía el acta de matrimonio de Rolando y la carta de Lorgerac, a las que posteriormente había agregado los cinco pagarés falsificados de Ludovico. Y durante aquellos diez y siete años, el legajo de Aspremont había dormido allí, al lado de otros legajos misteriosos.

Cada año, con su nombre supuesto, pagaba el alquiler sin que nadie pudiese sospechar, en el banco, que aquel cliente que tan raramente se dejaba ver, que aquel Pedro Durand se llamase en realidad Victorino Delorme. No había, pues, el menor indicio que pudiera poner a gentes indiscretas sobre la pista de Durand, para llegar hasta Delorme, cuyas huellas era menester ocultar a todos los sabuesos de la policía. Ninguno de éstos había hasta entonces husmeado allí; y ahora pudo también llegar Delorme hasta las oficinas del banco sin llamar la atención ni despertar la menor sospecha. Exhibió su certificado de depósito, le entregaron un boletín, y acompañado de un ordenanza bajó a los vastos sótanos del establecimiento.

Abrió su caja, en la que había varios sobres parecidos, y tomando uno en que había escrito «Asunto Aspremont», se lo metió en el bolsillo de su levita. Después volvió a cerrar aquélla y salió del banco tranquilamente. Eran cerca de las cinco.

—Ea, murmuró, ha llegado el momento decisivo... Después de todo, ¿qué arriesgo yo? ¿Que me haga prender? ¡Bah! Más interés tiene él que yo en que esto no suceda. Además, para prender a alguien se necesita un motivo, y en caso de que él haya ido a lamentarse de que, hace diez y siete años, me apoderé... de un modo algo extraño... de un documento que le interesa, le habrán contestado que esas historias viejas ya no atañen a la policía. Sé de memoria el código, y podría pasearme por París llevando el sobre en lo alto de un bastón sin que un agente se atreviese a tocarlo; porque hace catorce años que el delito prescribió y que los documentos son legalmente míos... Y si por casualidad, una vez en su despacho, quisiera él, o gentes que le ayudaran, recurrir a la violencia, tengo aquí con qué contestarles.

(Se continuará.)

BARCELONA.—III CONGRESO DE MÚSICA SACRA. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

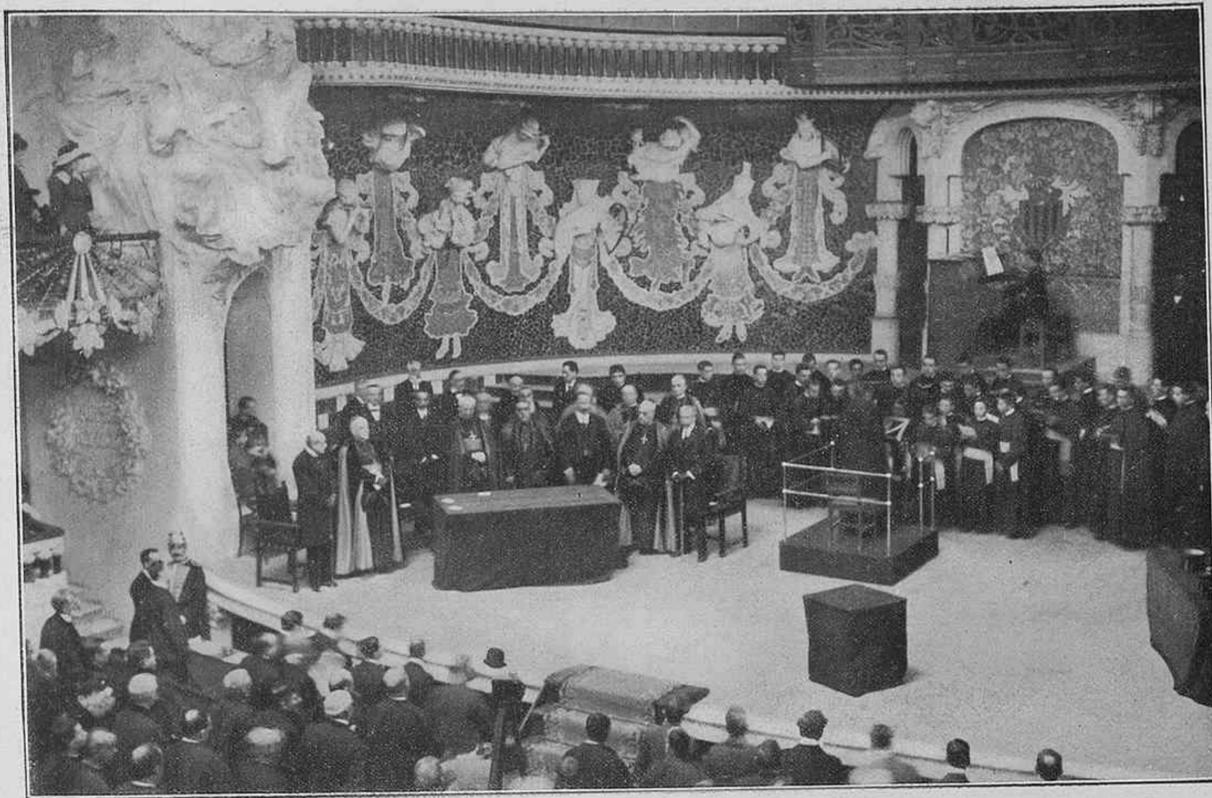
Durante los días 21 al 25 del pasado noviembre se ha celebrado en esta ciudad el III Congreso Nacional de Música Sagrada, continuación de la obra merítisima comenzada en Valladolid y en Sevilla, capitales en donde se reunieron los dos congresos anteriores, y que tiene por objeto secundar en España los levantados designios expresados por S. S. el papa Pío X en su famoso *Motu proprio* sobre la música litúrgica.

Las adhesiones a este Congreso han sido tan numerosas como importantes, figurando entre ellas las de muchos prelados, sacerdotes, entidades musicales y maestros españoles y las de muchos extranjeros.

La sesión inaugural efectuóse en la hermosa sala del *Palau de la Música Catalana*, que estaba totalmente llena de una concurrencia distinguida.

Ocuparon la presidencia de honor los señores cardenales de Valladolid y Sevilla, arzobispos de Valencia y Bestra, los obispos de Barcelona, Astorga, Solsona y Gerona, el abad de Montserrat, el vicario capitular de Tarragona, y los señores gobernador civil, alcalde, presidente de la Diputación Provincial, presidente de la Audiencia, fiscal de S. M., comandante de Marina y delegado de Hacienda. La presidencia efectiva la ocuparon el Dr. D. Francisco de P. Mas, canónigo magistral, D. Dionisio Cabot, D. José Parellada y el P. Gregorio M.^a Suñol, presidente, tesorero, secretario y vocal respectivamente de la Junta organizadora.

Después de leídos un autógrafo de Su Santidad, enviando la Bendición Apostólica al Congreso, una carta del cardenal Merry del Val y un telegrama de adhesión que se había acordado enviar al Papa, el obispo de esta diócesis Dr. Laguarda pronunció un hermoso discurso describiendo lo que ha sido y lo que está llamada a ser la música religiosa, haciendo la historia de los



Sesión inaugural del III Congreso Nacional de Música Sagrada celebrada en el «Palau de la Música Catalana» el día 21 de noviembre último



Los prelados saliendo de la Santa Basilica después de la misa pontifical

congresos españoles de Música Sagrada, presentando los valiosos elementos con que cuenta Barcelona, entre ellos el *Orfebé Catalá*, del que hizo un gran elogio, y enalteciendo la misión que se ha impuesto el Sumo Pontífice restaurando la música sagrada. Su oración fué saludada al final con una larga ovación.

Luego hablaron en términos elocuentes el P. Cassimiri, de la Comisión de Música Sagrada de Roma, y el maestro Gobert, en nombre de la Universidad Católica de Washington.

La sesión, que había comenzado con el canto del *Veni Creator* por la *Schola Cantorum* y la *Schola Puerorum* de nuestro Seminario bajo la dirección del P. Suñol, del monasterio de Montse-

rrat, terminó con el *Tu es Petrus*, de Victoria, cantado por elementos de las capillas de música de esta capital dirigidos por el P. Masvidal, maestro de la parroquia del Pino.

Entre los actos efectuados con motivo del Congreso, mencionaremos como más importantes la fiesta de Santa Cecilia celebrada en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, en la que se cantó una misa de Victoria; la misa de pontifical que se dijo en la Santa Iglesia Catedral y en la que una masa coral de mil voces interpretó la Misa Gregoriana *Fons bonitatis*; el concierto por el *Orfebé Catalá* en el *Palau de la Música Catalana*, y las conferencias sobre música litúrgica moderna por el P. Otaño S. J., sobre canto gregoriano por el P. Suñol, sobre música orgánica por el P. Gibert, sobre música popular religiosa por el maestro Millet y sobre música polifónica por el maestro Pedrell, todas ellas ilustradas con ejemplos musicales ejecutados por el *Orfebé* de Cassá

de la Selva, por el maestro Daniel, profesor de órgano de la Escuela Municipal de Música, y por el *Orfebé Catalá*. — P.

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CURSTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

INNSBRUCH, TIROL
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

APIOLINA CHAPOTEAUT



Regulariza el flujo mensual,
corta los retrasos y
supresiones así como
los dolores y cólicos
que suelen coincidir con las
épocas.

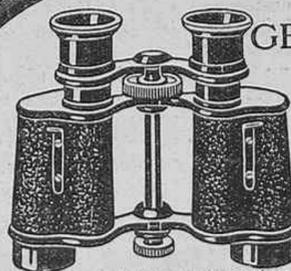
PARIS, 8, Rue Vivienne
y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS

PÍDASE

PROSPECTO J.A.

LEITZ



GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA

EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS

ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR

E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

UN MEMORABLE HECHO REALIZADO POR LA MARINA ITALIANA DURANTE LA GUERRA ITALO-TURCA



Plancha de oro, obra de Vicente Miranda, que el Ayuntamiento de Nápoles ha hecho ejecutar para conmemorar el atrevido reconocimiento de los Dardanelos realizado en 18 de julio último por cinco torpederos italianos al mando del comandante Millo. (Fot. de C. Abeniácar.)

Uno de los hechos más gloriosos de la última guerra italo-turca fué sin duda el atrevido reconocimiento de los Dardanelos realizado por cinco torpederos italianos en la noche del 18 de julio. De esta hazaña daba cuenta un boletín oficial en los siguientes términos:

«A consecuencia de los reiterados e insistentes informes llegados al comandante en jefe de las fuerzas navales relativos a las intenciones de la escuadra turca de intentar una sorpresa contra nuestros buques del Egeo, ordenóse en estos últimos días intensificar y llevar hacia el Norte la línea de cruceo de nuestros submarinos.

»Una escuadrilla de torpederos, acaso persiguiendo submarinos enemigos o por vía de reconocimiento, entraba con valor admirable y orden perfecto en los Dardanelos, llegando, sin ser descubiertos, casi hasta Cinal, a cosa de 20 kilómetros.

»Descubierta por numerosos proyectores y dada la señal de un nutrido fuego de los muchos fuertes de ambas orillas y de fusilería y ametralladoras, la escuadrilla siguió avanzando todavía, hasta que, después de haber comprobado que la escuadra enemiga estaba en plena eficiencia defensiva y protegida por obstrucciones de cables de acero, decidió retirarse en

vista de la absoluta imposibilidad de realizar un ataque contra los Luques anclados. Esta retirada se efectuó en perfecto orden, siempre bajo el fuego vivísimo de todos los fuertes de los Dardanelos y de los buques, puestos ya sobre aviso.

»Y la escuadrilla italiana, completa, volvió al Egeo, sin que los submarinos enemigos se atreviesen siquiera a perseguirla.

»Gracias a la pericia marinera y militar y a las medidas adoptadas, y gracias también a la poca precisión del tiro enemigo, nuestros torpederos resultaron absolutamente incólumes así en cuanto al personal como en cuanto al material.»

Para conmemorar esta hazaña, el Ayuntamiento de Nápoles ha mandado confeccionar la artística plancha que el adjunto grabado reproduce y de la cual se han hecho cinco ejemplares grandes en oro para los cinco torpederos, cinco ejemplares más pequeños, también en oro, para los comandantes de estos buques y para el capitán de navío conde Millo que mandaba la expedición y ejemplares de plata para todos los individuos de las tripulaciones.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

MUNICIPALIZACIÓN Y NACIONALIZACIÓN DE LOS SERVICIOS PÚBLICOS, por *lord Avebury*, traducción castellana de *José Pérez Hervás*. — Dadas las modernas orientaciones hacia una creciente intervención del Estado, de las regiones, de las provincias y de los municipios en la administración directa de servicios públicos reservados hasta ahora a empresas particulares, resulta de gran actualidad y de utilidad suma esta obra del ilustre estadista inglés. En ella estudia *lord Avebury* todos los problemas relacionados con el tema de su libro y propone soluciones verdaderamente prácticas, demostrando así en estas soluciones como en aquel estudio una profundidad de conceptos, una extensión de conocimientos, una imparcialidad de criterio y una conciencia de la realidad

admirables. La castiza traducción castellana del Sr. Pérez Hervás es digna de los mayores elogios. Un tomo de 198 páginas editado en Barcelona por Eugenio Subirana.

MEMORIA ACERCA DEL EJERCICIO DE 1911. Sociedad cooperativa de crédito hipotecario «El Hogar Español». — Contiene, además de la Memoria, el Balance, la cuenta de Ganancias y Pérdidas y varios estados que demuestran el estado próspero y el creciente desarrollo de la mencionada sociedad. Un folleto de 24 páginas impreso en Madrid en la imprenta y litografía de Julián Palacios.

CRÍTICA LITERARIA, por *Juan Valera*. — Tanto interés ofrece el nuevo volumen XXXI de las «Obras completas» que se acaba de publicar como los anteriores, puesto que todos ellos encierran la copiosa labor que produjo tan ilustre y excelente escritor. En el nuevo libro figuran un buen número

de estudios escritos desde 1901 a 1905, que han de ser leídos con fruición por los amantes de nuestras letras y que son críticas acerca de trabajos que llamaron justamente la atención del público. Forma un elegante volumen de 350 páginas y véndese al precio de 3 pesetas cada ejemplar.

LA RUTA DEL SOL, por *José Francés*. — Trátase de un nombre bien conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, de un escritor que, joven todavía, ocupa uno de los primeros puestos en nuestra literatura contemporánea. Huelgan, por consiguiente, los elogios al libro que acaba de publicar y cuya mejor alabanza está en la firma del autor. Diremos únicamente que *La ruta del sol* es una colección de narraciones o cuentos a cuál más interesantes, en la que Francés ha demostrado una vez más sus relevantes dotes de pensador y de estilista. Un tomo de 224 páginas, impreso en Madrid; precio, 3 pesetas.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN